

Monte Olivete, después de haber pasado el torrente Cebión.

En la huida halló David muchos desengaños, que le hicieron pasar muy malos ratos, en tanto que su hijo, apoderado de Jerusalén, hacía una que será sonada por todos los siglos de los siglos, como la más asquerosa grosería que ha hecho un rey y ha consentido un pueblo.

Cuéntala de esta manera la *Santa Biblia*:

«Y Achitofel dijo á Absalom: Entra á las concubinas de tu padre, que él dejó para guardar »la casa; y todo el pueblo de Israel oirá que te »has hecho aborrecible á tu padre, y así se es- »forzarán las manos de todos los que están con- »tigo. Entonces pusieron una tienda á Absalom »sobre el terrado, Y ENTRO ABSALOM A LAS »CONCUBINAS DE SU PADRE EN OJOS DE »TODO ISRAEL.»

¡Sin correr siquiera las cortinas de la tienda!
¡Tapa! ¡Tapa!

La insurrección, á no dudarlo, hubiera prosperado, y Absalom, á pesar de lo de las concubinas, ó tal vez por esto mismo, habría sido rey, si la traición no hubiese andado por medio. El rey mozo hubo de elegir entre dos consejos; el de un leal y el de un traidor; y por su mal eligió el último.

Venida la cuestión al trance de una batalla, que se dió en tierra de Galaad, Joab, comandante del ejército de David, derrotó á Amasa, que mandaba el de Absalom, y contrariando la orden recibida de David, viéndolo colgado de los pelos en un alcornoque á Absalom, le traspasó con un dardo, acabando así con aquel fratricida é incestuoso usurpador de la corona.

David, que era un grandísimo hipócrita, ciñóse de nuevo la corona que con tanto coraje había disputado á su hijo, empleando hasta la traición; pero no por esto dejó de llorar á lágrima viva á su hijo, y endecharle en un canto que ha llegado

á nosotros con no menos ayes que concubinas dejó guardando la casa de Jerusalén.

¡Y á estas historias las llaman sagradas los católicos! ¡Para cuáles guardan el nombre de indecentes?

Muerto Absalom, David, ingrato, destituye á Joab, y nombra por su general á Amasa, el caudillo de las tropas insurrectas. Con esta y otras blanduras, catequizó á la mayor parte de los rebeldes, acercándose al Jordán para restituirse á Jerusalén, donde se produjeron, sin embargo, graves contiendas entre israelitas y judíos, que vinieron á parar en una grave insurrección de las diez tribus contra David, rey primitivamente de Judá, y de esta familia oriundo. Acaudilló esta insurrección, que prueba que nunca fué firme la unión de la familia de Jacob, un tal Seba, que pagó con la cabeza su prematura intentona de partición del reino.

A esta campaña mandó David por caudillo á Amasa, pero Joab, que era hombre de quien ni el rey se burlaba, le mató á traición; y después con ayuda de su hermano Abisai, segundo de Amasa, se hizo amo otra vez del ejército y se impuso á su dueño, derrotado que fué por él el insurgente hijo de Bichri. ¡Vaya un general y vaya un rey!

Todas las grandes infamias de la historia han sido hechas en la antigüedad, y tal vez en los tiempos modernós, á nombre y en pretendida representación de un Dios. Los malvados no hallaron jamás camino más seguro de realizar sus malos propósitos, que echarle á la divinidad el mochuelo de querer ser lo que sus podridos corazones les inspiraban.

Prueba patente es lo que cuenta el capítulo XXI de este segundo Libro de Samuel. Dice que hubo por tres años hambre en la tierra, cosa bien natural, de que tendrían únicamente culpa las nubes. Pero como á David le convenía la tu-

vieran algunos que le incomodaban, hizo la con-sabida consulta á Jehová, que respondió lo siguiente: «Es por Saul, y por aquella casa de sangre: porque mató á los gabaonitas.»

Los gabaonitas, según recordarás lector amable de estas notas, no eran hebreos, sino amorreos, de aquella gente maldecida mandada exterminar mil veces por Jehová, perdonada cuando la conquista por Josué, y de quien Jehová ahora, mudado el antiguo parecer, se convierte por arte de biribirloque, no sólo en defensor, sino lo que es más, en vengador. ¡Viva la consecuencia divina! Hay que gritar al llegar á este punto, á no ser de piedra berroqueña.

Llama David á los gabaonitas y les dice que pidan lo que quieran, pues está dispuesto á complacerlos, con objeto de apaciguar á Jehová, para que siguiera lloviendo panecillos.

Los gabaonitas ¡es claro!, pidieron lo que le convenia á David; esto es, que les diese, para ahorcarlos caritativamente, siete varones de la descendencia del difunto Rey Saul, los cuales podían acaso disputar el trono á los hijos de David.

No los había legítimos. De estos todos habían desaparecido, á excepción del cojitranco Mefiboset, convertido en una especie de bufón de David, que le mantenía á mesa y mantel. Pero rebuscando, se topó con dos hijos de aquella famosa Rispa, concubina de Saul, que tan cara costó después á Abner y á Is-boseth. Pero dos descendientes de Saul no bastaban á la rabia de los gabaonitas, ni al recelo de David, y rebuscando más, se hallaron cinco hijos de aquella famosísima infanta Michal, primera mujer de David, luego del pobre Adriel y luego otra vez de David, de quien se burló por los bailoteos cuando el traslado del arca. Estos siete mancebos, más ó menos peligrosos, fueron presos y entregados por David á los gabaonitas, los cuales bonita-

mente los ahorcaron, en cumplimiento de la voluntad de Jehová, que se ve más claro que la luz del día, no fué nunca más que la representación de todos los antojos, más ó menos brutales, y de todas las ideas, más ó menos absurdas, de los que se titulaban su pueblo.

Rispa, madre piadosa, con solicitud admirable, tuvo cubiertos aquellos siete cadáveres con un saco, en la cima de un peñasco, un verano entero, para impedir que los devoraran las aves de rapiña. Sabedor de ello David, recogió aquellos huesos, y, con los huesos de Saul y de Jonathan, los enterró en tierra de Benjamín, devolviendo al polvo de que había salido, toda la primera dinastía hebrea.

¡Admiremos su trastienda!

Este capítulo XXII en que me hallo, tiene una especie de coleta, sin la cual David resultaría personaje más gallardo. Se sabe que la hazaña que le sacó de la obscuridad fué la muerte que dió al gigante Goliath; pero de ordinario se piensa que este caso fué único y en esta singularidad estriba su principal mérito.

Pero no hay tal singularidad ni tales carneros. Lo que David hizo lo hicieron lo menos ciento, pues los Goliath ó gigantes abundaban en Canaan como los puerros en Castilla, y los hubo que tuvieron seis dedos en cada mano. A uno de estos le mató Jonathan, hijo de Sima. Un tal Sibenai mató á otro gigante llamado Saf; Elhanan mató á otro Goliath Getho. Estos tres y su padre pasaron á la historia. Un porrillo de ellos quedaron ignorados, pues á cada paso en la *Biblia* se olfatea un gigante, que desaparece al filo de las espadas israelitas ó idumeas.

Ciertamente es deplorable que la proligidad del Espíritu Santo, como historiador de menudencias, despoje á David de la aureola que le ciñe la frente, por una heroicidad que se considera sin fundamento como sólo por él llevada á cabo.

XLIV

Cántico es una poesía engarzada en música. Sé que se puede poéticamente llamar cántico, á cosa que realmente no se cante; pero no cabe la menor duda, que, los llamados *cánticos* de David fueron compuestos expresamente para ser cantados. Cuando el ser músico famosísimo David no autorizase esta interpretación, la dejaría fuera de toda duda la cáfila inacabable de músicos que en el templo de Salomón tenían por oficio acompañar á los cantores, que eran otra cáfila de mastuerzos destinados á regalarle los oídos al alto Jehová.

En nuestros mismos días la Iglesia católica aún canta algunos de dichos cánticos, de los cuales saca muy buenos dineros. Porque es locura singular la de todas las religiones creer que Dios ha de hacer más caso de lo que se le dice cantando, que simplemente recitado ó murmurado. O tal vez no sea locura, porque si es verdad aquello de que el abad de lo que canta yanta, en vez de locura habría que llamar á esto bucólica.

Más sea de ello lo que quiera, resulta que de los cánticos de David, que constaban de dos partes, letra y música, una, que es la música, nos es completamente desconocida, sin que nos quede la más remota esperanza de encontrarla, pues ni se había por entonces inventado el pentágono, ni el fonógrafo, ni la música, es de condición fosilizable. Este desconocimiento de una de las partes de los cánticos de David, indudablemente la más espiritual, la más poética, la más penetrante, nos impide formar un juicio acertado y completo de esta clase de composiciones.

Nos sucede exactamente lo mismo que si se perdiese la música de las *peteneras* ó de la *soleidad* por ejemplo, y dentro de tres mil años pretendiese un igorrote civilizado formarse idea de

su efecto cantadas por una barbiana de la playa de San Lucar en una *juerga*, á la luz de la luna y orillas del mar, por estas sus miserables coplas, cuerpo sin alma:

Señor Alcalde mayor,
No prenda usted á los lairones
Por que tiene usté una hija,
¡Niña de mi corazón!
Por que tiene usté una hija
Que roba los corazones.

—
¡Ay! Soledad, Soledad,
Soledad del horizonte,
Por mucho que te compongas
¡Ay! Soledad, Soledad,
Por mucho que te compongas
Tu cuerpo ne me da golpe.

—
En la imposibilidad de juzgar bien, cada cual juzga á su gusto. Los católicos, lo mismo que los judíos, se deshacen en alabanzas y loores á David y sus cánticos, y le llaman *el suave en cánticos, el inspirado cantor, el inimitable, el sublime, etc., etc.*

Los hombres cuerdos, sin negar el efecto que en un pueblo grosero é iletrado, habian forzosamente de producir estos *cánticos*, y sin desconocer en ellos la manifestación grandiosa de una clase de poesía, la poesía mística, que tiene su importancia en la infancia de los pueblos, proceden con calma al examen de lo que de ellos nos queda, la letra pura, y tienen que llamar á voces al tío Paco con su rebaja.

Yo, imitando á los cuerdos, declaro que me pasa con los cánticos de David lo que con las primeras ediciones del Quijote, que las hallo muy buenas para un estante de una biblioteca, como una curiosidad tipográfica, pero muy malas, rematadamente malas para leerlas. En su tiempo, puede que fueran buenos los tales cánticos de

David: hoy son, dispense el Espíritu Santo que los inspiró, tan sólo dignos de la admiración de chantres, monagos, sacristanes, típes, tenores y bajos de capilla, que con ellos sacan la tripa de mal año, y entretienen los oídos de los fieles en entierros, vísperas y completas.

Las irreverencias anteriores es mi voluntad de comentarista que se apliquen á todos los cánticos bíblicos, habidos y por haber. Y para prueba de que estas irreverencias no proceden de mi antojo, sino de que las juzgo razonables, voy á comentar el que pasa por ser uno de los mejores cánticos de David, y me salta en el capítulo XXII del segundo libro de Samuel. Es obra de paciencia. A la tuya apelo, lector, después de suplicar á la mía que no me abandone un buen rato.

Véase la clase:

«Jehová es mi roca, y mi fortaleza y mi libertador; Dios es mi roca: en él confiaré; mi escudo, y el cuerno de mi salud, mi fortaleza y mi refugio: mi salvador que me librarás de violencia.»

Roca, fortaleza, libertador, escudo, cuerno, refugio y salvador, llama David á Jehová. De igual modo, sin que ni la gramática, ni el sentido común le fueran á la mano, podría haberle llamado de cualquier otro modo. Para encontrar toda esa retahíla hermosa y poética, precisa tener de él la idea que tiene un niño de un hombre fortachón, que puede de un boleo romperle el bautismo al que pretenda zurrarle, lo cual se me figura muy poco teológico.

«Invocaré á Jehová, digno de ser loado, y seré salvo de mis enemigos.»

Aquí, la palabra de Jehová, hace el papel de una palabra mágica, que dicha, espanzurra á los adversarios del que la conoce.

«Cuando me cercaron ondas de muerte, y arroyos de iniquidad de que me asombraron; cuando me rodearon los dolores del infierno, y me toma-

ron descuidado lazos de muerte; así que tuve angustia invoqué á Jehová, y clamé á mi Dios: y él oyó mi voz desde su templo, llegó mi clamor á sus oídos.»

Vamos, lo dicho: Jehová es una palabra mágica; dicha en un apuro, ó en media docena de ellos á la vez, David se salva como por encanto. Pero esto no es nada para lo que sigue, como producto de la invocación. Jehová se rebulle en su templo, que debía ser grandecito, y pasa lo siguiente:

«La tierra se removió (¡atiza!) y tembló (¡atiza, atiza!): los fundamentos de los cielos fueron removidos y se estremecieron (¿á donde andarían esos fundamentos de los cielos?) porque él (Jehová) se airó.»

Este removerse de la tierra, este temblar de la misma y esta danza de los cimietos del cielo, es una palabrería semejante á la de los cultos: nada entre dos platos. De suceder eso, los enemigos de David y David, van todos juntos rodando hasta hacerse polvo las molteras que tales dislates discurrían. ¡Y todo por airarse Jehová, como si fuera una mozuela callejera á quien insulta un chulo!

«Subió humo de sus narices, y de su boca fuego consumidor, por el cual se encendieron carbones.»

Dar narices á Dios, y hacerle echar humo por ellas, como si fueran las chimeneas de una fábrica de electricidad, es una retórica inadmisibile. Porque en buena lógica, el que airado echa humo por la nariz, tranquilo puede echar mocos, y vayan ustedes á buscar pañuelos para él, si llega á cojer un constipado. Lo de salirle el susodicho Dios, por la boca fuego consumidor, es una atrocidad. ¿Quién se le podría acerear á dar un beso? Además, esto del humo y del fuego, no corresponde á Jehová, sino á uno de aquellos dioses de bronce, en cuyo honor se tostaban los chiquillos.

«Y abajó los cielos y descendió: una obscuridad debajo de sus pies.»

De aquí parece resultar que Jehová estaba colgado en los cielos y que por medio de una garrucha, lo subía y lo bajaba, subiéndose y bajándose él al mismo tiempo. Realmente era una comodidad. Sigamos con el cántico para convencer á muchos de que carece de sentido común y de la trastienda y belleza que los teólogos católicos, más interesados en su particular provecho que en rendir párias á la verdad, le han atribuido. Su conducta es lógica: declarándolo mentecato, ponían en ridículo al Espíritu Santo; calificándolo de sublime, ganaban muchos millones. En adelante, pues, téngase entendido, que alabanzas de cura á la Biblia y elogio de gitano al mulo, valen la misma cosa.

«Subió sobre el querubín, y voló: aparecióse sobre las alas del viento.»

¿Qué sería este querubín en que Jehová se montaba? ¿Era caballo de la especie de *Clavileño*? ¿Era un borrico? Supongo que no porque tenía alas. Pero siendo ave, por poco que Jehová pesase, á menos que por entonces fueran otras las leyes de gravitación, habrían de dar ambos en tierra. En fin, que en vano me devano los sesos para comprender un Dios volando sobre un querubín, á menos de entender que estas son puras figuras retóricas, altamente ofensivas para la divinidad, por más que digan los rutinarios admiradores de David, que una vez que tiene á Jehová en los aires, exclama:

Puso tinieblas alrededor de sí á modo de pabellones; aguas negras y espesas nubes.

Digo yo que Jehová tenía un malditísimo gusto al rodearse de este estrafalario aparato, y muy poco pesqui en poner las plumas del querubín cerca de las aguas negras, pues forzosamente se le pondrían hechas una lástima, y cuando las necesitara para volar, estarían inservibles.

Del resplandor de su presencia se encendieron ascuas ardientes. (Esto, lector, es una repetición, puro ripio poético.) Jehová tronó desde los cielos, y el Altísimo dió su voz.

Esto quiere decir en plata, que el inspirado salmista tenía de Jehová la pobrísima idea de que necesitaba un querubín para subir á los cielos y poder desde allí hablar gordo en forma de truenos. Y todo este belén para lo siguiente:

Arrojó saetas y desbaratólos; relmpagueó y consumióllos.

Los desbaratados y consumidos con tan ruines armas como son las saetas, eran, por supuesto, los enemigos de David, que de vivir en nuestro siglo, hubiera dicho que Jehová arrojaba bombas de dinamita. ¿No se vé bien claro que aquí Dios no es otra cosa sino una especie de ayudante de David? ¡Y á esto se le llama poesía sublime!

Entonces aparecieron los manantiales del mar, y los fundamentos del mundo fueron descubiertos, á la reprehión de Jehová, al resoplido del aliento de su nariz.

Si hoy un poeta dijera estas cosas de los manantiales del mar y los fundamentos del mundo, tengola seguridad completa de que se ganaba una silba como para él solo. Pero lo dijo David en hebreo, ha sido vertido al latín, y traducido al castellano, y hay bobos que se hacen una obligación de admirarlo. Dejémoslos extasiados ante esos *resoplidos de la nariz* que descubren los manantiales del mar, que sin duda creía David que se llenaba por abajo. Adelante.

Extendió su mano de lo alto y arrebatóme, y sacóme de copiosas aguas.

Esto es eminentemente ridículo. David parece que se ahoga en el mar y que Jehová le coge por los pelos.

Libróme de fuertes enemigos, de aquellos que me aborrecían y eran más fuertes que yo.

En substancia, que David atribuye á Jehová su

salvación en trances apurados, y para ello emplea la anterior figura, cuya belleza no acierto á comprender.

Asaltáronme en el día de mi calamidad: mas Jehová fué mi sostén.

Adelante, que esto no hay para qué comentarlo.

Sacóme á anchura; libróme porque puso su voluntad en mí.

Pretencioso es esto de que Dios ponga su voluntad en un hombre. ¿Cómo éste lo había averiguado? ¿Acaso lo deduce de que le ha ido bien en las guerras? Pues con más razón, tanto encanallado conquistador, podría decir lo que dice este reyezuelo semita, de donde resultaría que Dios sería cómplice de los mayores horrores.

Remuneróme Jehová conforme á mi Justicia; y conforme á la limpieza de mis manos me dió la paga.

Sigue la petulancia y el embuste. Se llama David el justo. ¡Valiente justo estaba el matador del infeliz Uría!

Porque yo guardé los caminos de Jehová, y no me aparté impiamente de mi Dios.

Continúa la petulancia del que entregó á las gabaonitas á siete descendientes de Saul para que los ahorcasen. Pero observemos que David llama caminos de Jehová á lo que á él le convenía ó se le antojaba.

Porque delante de mí tengo todas sus ordenanzas, y atento á sus fueros no me retiraré de ellos.

Ordenanzas... fueros... Más parece aquí Jehová un autócrata, que un Dios. Cuando, cómo y dónde Jehová había dado estos fueros y estas ordenanzas es lo que David se calla.

Y fui íntegro para con él, y guardéme de mi iniquidad.

Lo dijo Blas, punto redondo.

Remuneróme por tanto Jehová conforme á mi

justicia y conforme á mi limpieza delante de sus ojos. Con el bueno eres benigno, y con el íntegro te muestras íntegro. Fino eres para con el limpio; mas con el perverso eres rígido. Y tú salvas al pueblo humilde; mas tus ojos sobre los altivos para abatirlos.

Según esta teoría de David, Dios premia á los buenos y castiga á los malos, dando á unos y quitando á otros, que es la apología más completa del hecho brutal y del éxito asqueroso. El

¿Necio, es la tierra el centro de las almas?

de nuestro gran poeta, vale por todo el cántico este, sobre todo en esta parte, que subleva, pues la pobreza, el vencimiento, la humillación, se convierten en justos castigos de la divinidad.

Porque tú eres mi lámpara, oh Jehová: Jehová da luz á mis tinieblas.

Ahora sale con que Jehová es también lámpara. Traduce velón, que tanto monta, y busca después la poesía.

Porque en ti romperé ejércitos, y con mi Dios saltaré las murallas.

Declaro que, si para mejores cosas no valía Jehová, que para ayudar á David á matar soldados y saquear ciudades, se hubieran podido pasar muy bien sin él los difuntos y los saqueados.

Dios, perfecto su camino: la palabra de Jehová purificada, escudo es de todos los que en él esperan.

Resulta la palabra de Jehová como el azúcar, refinada y sin refinar. La refinada ya vemos que era escudo ó adarga. ¿Qué sería la en bruto?

Porque ¿qué Dios hay sino Jehová? ¿O quién es fuerte sino nuestro Dios?

Lo de siempre. Cada cual se cree que su Dios es el más fuerte y el más bonito. Recuerde el lector que Mariana, cuando describe la batalla de Guadalete, pone en boca de Tarik un discurso diciéndole á Alá que demuestre, dándole la victoria,

que es un Dios más Dios que el Dios de los cristianos, y en la de D. Rodrigo, otro, en que pide al Padre Eterno que le ayude á exterminar á los sectarios del falso profeta Mahoma.

Dios es el que con virtud me corrobora, y el que despeja mi camino.

Son las mejores palabras del cántico.

El que hace mis piés como de ciervas, y el que me asienta en mis alturas.

Vuelta á las comparaciones, vuelta á las ridiculeces. Pies de ciervas... Pezuñas se llamaron siempre.

El que enseña mis manos para la pelea, y da que con mis brazos quiebre el reo de acero.

Malas enseñanzas son estas para ser de Dios, que creo debía saber David, tenía dicho á Moisés: *no matarás.*

No contento el rey salmista con hacer de Dios un aparato de iluminación ó una arma defensiva, se permite darle la ocupación engorrosa que reza el versículo siguiente:

Tú ensanchastes mis pasos debajo de mí, para que no titubeasen mis rodillas.

Ni el diablo, que según se cuenta, es el mayor enemigo de Dios, podía haber discurrido para Jehová trabajo más tontamente molesto y poco productivo que este de *ensanchar* debajo de David los pasos del propio David, para que á este caballero no le temblaran las pantorillas. Un tonto discurriré que, con haberle puesto un buen puntal, adelantaba de una vez Jehová más, que con el pícaro y hasta peligroso entretenimiento continuo de estirarle al rey de Judá é Israel las piernas.

Y sigue este buen señor:

Perseguiré mis enemigos, y quebrantarélos; y no me volveré hasta que los acabe.—Los consumiré y los heriré, y no se levantarán: y caerán debajo de mis piés.—Ceñisteme de fortaleza para la batalla, y postraste debajo de mí los que contra mí se levantaron.—Tú me distes la cerviz de mis

enemigos: de mis aborrecedores, y que yo los destruyese.—Miraron, y no hubo quien los librara; á Jehová mas no les respondió.—Yo los desmenuzaré como polvo de la tierra; hollarélos como á polvo de las plazas, y los disiparé.

He reunido estos seis versículos, para que el lector admire la magnífica pieza de ferocidad canibalesca que constituyen. La guerra para David no es guerra: es la destrucción, el pisoteamiento sañudo y brutalmente asqueroso del enemigo, en el cual hace cómplice á Dios de sentimientos de tigre y de pantera. Los grandes capitanes, los verdaderos héroes y conquistadores, han usado muy otro lenguaje y muy otra conducta que este reyezuelo semita, cuyas supremas hazañas fueron birlarle un reñecillo á Saul y la mujer al infeliz Uría. Scipión fué glorioso por su magnanimidad, Alejandro por haberse sabido adherir los persas, César por civilizar á los Galos; todos los hombres verdaderamente grandes, solo combatieron para hacer amable y respetado su nombre ó su país. David pelea para obtener la cerviz de sus enemigos, para pisotearlos como al lodo de las plazas. ¿Quién puede extrañar ahora que los grandes generales de la libertad, que tomaron á Scipión, á Alejandro y César por modelos fuesen dulces, benignos y misericordiosos con los vencidos? ¿Y quién se asombrará de que el cura de Santa Cruz y Rosa Samaniego, recitadores entusiastas de los salmos, considerando á David el *santo y el sublime*, atenaceasen sus prisioneros y los arrojasen á la sima de Iguisquiza? Nadie que no sea un tonto. Cada cual trata de imitar lo que considera digno y magnífico. ¿Y qué más digno y magnífico para un católico que la imitación de David, padre del hijo de David?

Tú me librastes de contiendas de pueblos: tú me guardastes para que fuese cabeza de gentes: pueblos que no conocía me sirvieron.

Eche usted modestia, caballero David, Afortu-

nadamente, los que conocen la historia saben que esta *cabeza de gentes* nunca pasó á mandar fuerzas tan respetables como las que podía poner en movimiento aquel desdichado Guatimocin, emperador de Méjico, á quien con toda su *emperaduría*; dieron catite unos cuantos soldados españoles bien armados y montados. No quiere decir esto que yo apruebe el que nuestros ilustres antepasados le dieran el mal rato que le dieron al pobre Guatimocin, cuando le calentaron á fuego lento los pies, después de untárselos con manteca, acción eminentemente católica, según las tradiciones inquisitoriales; es simplemente que hago una *comparanza*, como decía el general Odonnell, ilustre jefe del no menos ilustre partido de la *Unión liberal*, en que Cánovas no pasó de media cuchara.

Los extraños titubeaban ante mí: en oyéndome obedecían.

Lo extraño es que el señor David encontrase extraños, pues, dado su sistema de reducir á polvo á sus enemigos, me parece difícil que en oyéndole le obedecieran. ¡Cuánta palabrería insulsa!

Los extraños desfallecían, y temblaban en sus escondrijos.

Idem del lienzo de la pedantería. ¡Vaya un escondrijo en que temblaban los chinos y los aztecas y los griegos y los mismos romanos, cuando David, en su inmensa valentía, huía á uña de mulo de su hijo Absalom! ¡Porque imagino yo que chinos y griegos y aztecas y romanos, sonasen ó no sonasen entonces en el mundo, serían de los extraños que desfallecían y temblaban en sus escondrijos, asustados de los bigotazos de David!

Viva Jehová, y sea bendita mi roca sea ensalzado el Dios, que es la roca de mi salvamento.

Echar este ¡viva! lo encuentro un poco cursi, tratándose de quien, por ser Dios, debía ser i-

mortal. Es tan cursi, como cuando algún beato de los del Rosario de la Aurora, al emprender á farolazos con algún vecino, exclama como grito de guerra ¡viva Dios! ó ¡viva la Virgen del Buen Parto! Además, lo de roca, es también expuesto á los sinónimos ridículos.

El Dios que me ha vengado, y sujeta los pueblos debajo de mí.

Comprendo que David hallase muy bonito y muy cómodo este Dios, que le venga y le sujete los pueblos, pero por mi parte, y en uso de mi libérrimo derecho de hacerme un Dios á mi gusto, prefiero un Dios que no me vengue de nadie y no sujete á nadie debajo de mí, porque ni la venganza me agrada, ni me agrada que nadie esté debajo de mí contra su gusto.

Y que me saca de entre mis enemigos. Tú me sacastes en alto de entre los que se alzaron contra mí: librásteme del varón de Iniquidades.

Declaro que no llega mi erudición bíblica á decidir si David, en estas palabras *el varón de Iniquidades* se refiere á Saul ó Absalom. Sin embargo, me inclino á creer que designa á su hijo, y recuerda la perrada que le hizo en aquel negocio de las concubinas. Sólo de esta manera comprendo la frase del texto *me sacastes en alto*, pues, en efecto, Jehová le sacó en aquel entonces tan en alto como alto fuese el terrado en que Absalom colocó la tiendecita aquella del gatupeño á que asistió, con vista de ojos, todo Israel.

Por tanto, yo te confesaré entre las gentes, oh Jehová, y cantaré á tu nombre.—El que engrandece las saludes de su rey, y hace misericordia á su unido, á David, y á su simiente para siempre.

Con estas palabras termina el canto, gracias á Dios, y diciendo aquello de *colorin, colorado, este cuento se ha acabado*, podía y debía acabar este capítulo. Pero quiero que no se me queden en el tintero tres cosas, Primera, que encuentro

muy poco poético el *por tanto* con que termina este cántico, fórmula más propia de una exposición de un fiel de fechos á un administrador económico, que no de un salmista á un Dios. Segunda, que, con permiso de la respetable Academia, este plural *saludes* no me hace pizca de gracia en la traducción de que me valgo, pues en hebreo no sé lo que dirá, ni me importa tampoco para mi objeto principal, que es popularizar la *Santa Biblia*, y poner al alcance de todo el mundo los *tesoros inagotables de sabiduría y de belleza que contiene*. Y tercera, que el *siempre*, aplicado á la simiente de David, es tan pretencioso, y tan ridículo, y tan necio, como el cántico entero, pues parte del siempre es este siglo XIX en que escribo, y lo fué el otro, y el otro, y el de más allá, y en todos cuatro y hasta en cuatro veces cuatro que contásemos hacia atrás, no topáramos con simiente de David bastante para plantar un huerto de zanahorias. Y si no es así, que me saquen de mi error que yo se lo agradeceré, los dignísimos rastreadores de simientes bíblicas, que vienen hace dos años excomulgándome, mostrándome algún heredero coronado de David, pastor de ovejas, matador de Goliah, circuncisor de filisteos, marido de varias mujeres, padre de muchos hijos, rey, tocador de arpa, zurcidor de cantos y danzante furibundo cuando llegaba la ocasión de echar una cana al aire, ó transportar el arca del Señor.

XLV

Y todavía sigue el *Libro de Samuel* contando cosas, por más que ya á Samuel se le habían llevado los demonios hacía muchos años. Y no se crea que á humo de pajas, ó en tono de zumbaba, digo que los demonios se habían llevado ya á Samuel hacía muchos años, cuando pasaba lo que cuenta en la parte de su libro que voy comentando; no. Que los demonios se habían ya

llevado á Samuel, es cierto, ciertísimo. Un buen católico, que sepa lo que se pesca, podrá, y aun deberá dudar que la tierra es redonda como una naranja y gira como una peonza, pero ni debe ni puede dudar de que á Samuel se le llevaron los demonios.

Me explicaré.

Sabes, lector, que á Samuel le hizo aparecer delante de Saul la sacerdotisa de Endor. Es así que aquella sacerdotisa obraba estas evocaciones en virtud de un poder infernal y por infernales artes; y es así también que sólo puede dar una cosa el que la tiene; luego... sólo el diablo pudo darle permiso á Samuel para presentarse en Endor. Luego claro, como la luz del día, aparece que el que se había llevado á Samuel era el demonio.

Todavía puedo emplear otro agumento católico, no menos convincente y entreverado.

Hasta que vino nuestro Señor Jesucristo, todos los señores difuntos, que se habían muerto en el mundo, estuvieron en el seno de Abraham, ó sea el infierno, á causa del pecado original. Allí imperaba el demonio como en su casa propia, y sólo á fuerza de fuerzas pudo nuestro Señor Jesucristo, mientras estuvo muerto, y bajó allá abajo, sacar á los justos de allí, según se cuenta en el Evangelio de Nicodemus, que ha tenido la avilantez de exhumar en su *Religión al alcance de todos*, ese picaronazo y excomulgado librepensador, llamado Rogelio H. Ibarreta, que bien ganado se tiene el cachito de infierno en que Pepe Nakens y yo le hemos de ver achicharrarse con el tiempo, y hacer jeribeques y morisquetas, en justo pago de los malos ratos que está dando con su libro á los buenos ciudadanos que cultivan la viña de Cristo.

Pero volviendo al argumento, añadiré que, aunque es falso el Evangelio de Nicodemus, es cierto que Jesús bajó á los infiernos y dió suelta

á los que allí estaban, entre ellos á Samuel. Luego... es indiscutible, católicamente hablando, que á Samuel se le habían ya llevado los demonios, como he tenido el honor de decir, cuando en su libro segundo, capítulo XXIII, escribió, él ó el que lo escribiese, que esto católicamente no importa nada, el último *canto* que cantó David, del mismo corte y hechura que el anterior, aunque afortunadamente más corto. Dispénsame, lector, que pase sobre él de largo y corrido, pues quedé de comentar el otro hasta aquí, y mira que me tocó aquella parte de la cabeza por la cual los curas son lo que son. Pues si es cierto, como dijo Hipócrates, que *mulier propter uterus id est quod est*, no es menos verdad este otro aforismo esencialmente católico: *cura propter corona id est quod est*.

Ya ves, lector, que para evitar de hablar del canto de David habló hasta en latín, que es lo peor que le puede suceder á una persona, cuando no es cura ó catedrático de lo mismo en cualquier instituto ó seminario; porque entonces, aunque nadie le entiende, se cobra la nómina, y ¡váyase lo uno por lo otro! ¡y el dinero de la nación por aires agitado en una garganta de hombre!

Pero noto que esto que voy escribiendo, más que un comentario bíblico puro, es un puro parlíe bíblico, y no está bien que tomemos una cosa tan seria y tan formalota como la *Santa Biblia* en estos términos ligeros. Procuremos enmendarnos, lector, y volvamos al sagrado texto que nos cuenta...

¡Santos cielos! ¡Pues no nos cuenta ahora el Espíritu Santo los *valientes* que tuvo David, para decirnos de ellos que el uno mató una vez sobre ochocientos hombres, que el otro degolló tamaña tanda de filisteos que se le quedó contraída á la espada la mano, y que el de más allá se dió un hartazo de sangre incircuncisa en una haza de

lentejas! ¡Habrá paciencia para comentar estas atrocidades! ¿Ni qué me importa á mí, ni le importa siquiera al chantre de mi pueblo, que aquellos tres valientes, y otros que también se nombran, degollaran ó dejaran de degollar á tantos ó cuantos cientos y miles de filisteos? A fe, á fe, que aquellos bravos no han de resucitar, ni aunque resucitaran nos habrían de degollar á nosotros como degollaban filisteos, pues imagino que con un revólver daría en tierra con ellos el más enteco chulo á quien barrearán hoy la calle. Además que David y sus valientes deben por ahí andar convertidos á estas horas en hojas de berza ó barro ladrillero, y no son para inspirar miedo á nadie en tal estado, á que les ha reducido el tiempo y traído el perpétuo mudar de las humanas cosas, que hizo exclamar al egregio poeta:

Templos, casas, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Dejemos, pues, dormir á estos valientes, y pasesmos adelante, deplorando que sea verdad aquel refrán que dice: los valientes y el buen vino duran poco.

Viene ahora un cuento que demuestra que Jehová era enemigo declarado de la estadística. Y para que nadie vaya á imaginarse que trato de levantar calumnias á la estadística, mostrándola como cosa aborrecida por la respetable persona del Dios Jehová, ó que quiero poner en contra de este buen señor á los respetables individuos de nuestro *Instituto Geográfico*, allá van versículos bíblicos.

«Dijo el rey á Joab...: Rodea todas las tribus de Israel desde Dan hasta Beersebah, y contad el pueblo, para que yo sepa el número de la gente.» *Paréceme que este es un mand miento de hacer el censo en toda regla.* «La palabra del rey pudo más que Joab» (*éste se oponía al censo*). «Salió, pues, Joab, con los capitanes del